

RELATOS CORTOS

Yasmina Esteve Centellas



Relatos Cortos

Cada victoria, cada derrota, cada tropiezo, cada
cada vez que te levantas, cada pelo que cae
que te da la vida y cada escoba que te
haces con él. Solo tú conoces tu vida,
todas las cosas que ocurren en nuestro día
nos cambian, nos hacen más fuertes, más sensi-
bles, más confiados, más...

Tu misma, que conoces ese día a día
muchas veces te cuesta seguir al lado de
alguien al que por quien eres cada
día.

¿Alguien que solo sabe de que
por quien te conoces?

Yasmina Esteve

Capítulo 1

LA MONTAÑA

Al fin estaba allí, lo había conseguido. Aquella inmensidad de rocas estaba bajo sus pies.

El frío cortaba su cara, su respiración era dificultosa. Su cuerpo pedía más oxígeno del que sus pulmones podían absorber. Estaba exhausto.

Habían sido años de dura preparación, días y días en los que su cuerpo había parecido romperse en mil pedazos. Pero allí estaba.

Había conseguido llegar a aquel pico, a aquella cima, había conseguido su meta. Trataba de retener en sus retinas la inmensidad y la belleza de cuanto abarcaba su vista. El contraste entre la blanca nieve y los mágicos tonos del cielo. La oscuridad de las rocas mojadas y la profundidad que se hallaba bajo él. Aquel gélido aire en calma, aquellos colores de atardecer entre las montañas nevadas, las rocas, todo era ahora parte de él. Y él, parte de todo aquello.

Aquél era el aire más puro que jamás había entrado en sus pulmones. Y en su mente... en su mente, un recuerdo. El recuerdo de aquel motivo por el que estaba allí. Había cumplido la promesa, aquella que hacía ya años se había hecho a sí mismo, y a aquella persona que tanto había significado en su vida. En su interior sabía, que ambos estaban en la cima.

Capítulo 2

La Fugitiva

Su respiración era acelerada, un paso tras otro, un paso tras otro. Estaba cansada de arrastrar aquel carrito, pero sabía que aquellas vidas dependían de ella. Tenía que llegar a la valla. Solamente allí podrían ser libres y salvar sus vidas.

Apenas unas horas antes, Amaia había escuchado como sus abuelos hablaban. Su abuelo y ella habían regresado del pequeño gallinero y ahora, él le contaba a su esposa, cuántos pollitos había sacado la gallina americana que hacía unas semanas había quedado clueca.

La mujer se alegró tanto que no se percató de que Amaia continuaba allí. Respondiendo a su marido, que ese año en navidad cocinaría varios pollos al horno para toda la familia.

La pequeña Amaia, quedó aterrada ante las crueles palabras de su abuela. Corriendo, volvió al gallinero, y tras trazar un precipitado plan de huida. Quitó los pollitos a su mamá gallina, aún cuando esta picoteó su mano, la niña, sollozando, le decía que era para salvar sus vidas. Los llevaría lejos, muy lejos, donde su abuela no pudiera encontrarlos jamás.

A apenas unos metros de la valla, escuchó su nombre tras ella. Su abuelo la había descubierto. La pequeña Amaia rompió a llorar cuando su abuelo llegó junto a ella.

-¡No quiero que os los comais!- Gritó ella sollozando.

El abuelo, escondiendo una media sonrisa bajo su canoso bigote, se arrodio junto a los pollitos, los contó en voz alta mirando la expresión de la niña cuando se dió cuenta de que faltaban dos. El metió su mano en su chaqueta, y de la calidez de su cuerpo sacó los dos atrevidos polluelos que habían saltado del carrito de juguete de la niña.

- Estos dos habían saltado para volver con su madre. Ella todavía no los ha enseñado a comer ni a protegerse, al igual que tu, son niños que necesitan a su mamá para poder aprender a vivir.- Amaia seguía llorando.- Ven, los llevaremos con su madre y después iremos a hablar con la abuela para que en Navidad cambie de receta.

Abuelo y nieta volvieron hacia la casa, atravesando aquel campo sembrado de trigo que la niña había recorrido unos instantes antes sintiéndose una fugitiva al margen de la ley.

Capítulo 3

NYAMBURA

¿Cuántas horas habría pasado mi tío sentado en este mismo lugar?

Había estado lloviendo los últimos tres días, de una forma casi mágica, aquellas ocres extensiones de tierra seca, se habían cubierto de un tupido manto verde.

Sentada, en el observatorio que mi tío había constuido cuando llegó a Kenia, hacía ya cuarenta años, y donde había pasado tantísimas horas hasta casi el momento de su muerte, observaba cómo la manada de elefantes se acercaba desde el horizonte.

Había algo distinto en ellos, algo que en un primer momento me costó identificar. Conforme se acercaban a la charca, me dí cuenta. La manada había crecido. Una pequeña elefantita había nacido durante aquellos días de lluvia.

Era curioso, ver como en aquella familia de elefantes se organizaban de tal forma que la recién nacida siempre estaba protegida, hasta los más jóvenes se involucraban en su cuidado.

Desde que era pequeña, mi tío me había contado cómo elegía los nombres para cada uno de aquellos elefantes, se fijaba en algún rasgo, en su nacimiento, su caracter, etc. Así que yo seguiría poniendoles los nombres según su tradición.

Aquella pequeña elefantita se llamaría Nyambura, "nacida durante la lluvia".